

insultos, oprobios y afrentosa muerte de Jesucristo: *rursum crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes*. Ruégoos pues por las entrañas del Salvador, por su terrible venida, por su reino inmortal, que reparéis el horrible deicidio de que os habéis hecho reos, por medio de una verdadera penitencia en vida, para no sufrirla despues por una eternidad.

Omnipotente y sempiterno Dios, que domináis poderosamente el corazon de los mortales, y sois mas árbitro de ellos que sus mismas voluntades, sujetád la rebeldía de estos corazones profanos, que desacreditan vuestra Religion; iluminád sus tinieblas con un rayo de vuestra luz para que os conozcan, os amen, y confiesen, que solo á vos se debe el honor, la virtud, el amor y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

PLÁTICA

SOBRE

LA DEVOCION Á LA PASION DE JESUCRISTO (1).

PARA LA DOMINICA DE QUINCUGÉSIMA.

(DE CHEVASSU.)

Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quae scripta sunt per prophetas de Filio hominis.

Vamos á Jerusalem, en donde se cumplirá todo cuanto han escrito los profetas del Hijo del hombre.

S. Lucas, c. 18. v. 31.

La Iglesia, que conoce los desórdenes que reinan en este tiempo entre la mayor parte de sus hijos, y que ha formado el designio de oponerles cuantos diques y barreras sean imaginables, ha tenido por conveniente proponerles el Evangelio, en que Jesucristo caminando á Jerusalem, habló á sus discipulos de su próxima muerte y de todos los ultrajes que habia de padecer. Supone, y con razon, que no faltará quien se retraiga de cometer los excesos que cometen otros, por la idea que propone de la muerte del Salvador, y de la vida que él mismo tuvo con la mira de su muerte. Con efecto ¿qué cosa mas vergonzosa para los cristianos que hacen profesion de adorar una cabeza, que siempre tuvo en el espíritu y en el corazon la muerte, la cruz y los tormentos? ¿qué cosa, vuelvo á decir, mas vergonzosa para estos cristianos, que ocuparse en las locuras del mundo? La vida cristiana consiste en que Jesucristo habite en nues-

(1) Este discurso podrá servir para la fiesta de la *Invenzion y exaltacion de la santa cruz* y para los otros dias de indulgencia en las iglesias, en que estuviere establecida la cofradía de los hermanos de la Pasion de Jesucristo.

tros corazones por la fe (1); pero no podremos tener de ese modo á Jesucristo en nosotros, sin que entren con él su cruz y sus tormentos; y esto es incompatible con la ocupacion en las extravagancias de estos tiempos. Para divertirse en estas cosas, es necesario haber olvidado á Jesucristo crucificado, y basta acordarse de él para aborrecerlas. Entremos pues en el espíritu de la Iglesia, y apliquémonos á la consideracion de los tormentos del Salvador. Ved aquí dos poderosas razones, de que me serviré para obligaros á ello. La meditacion de la pasion de Jesucristo es entre todas las devociones, en primer lugar, la mas agradable á Dios, y en segundo, la mas útil á un cristiano.

PUNTO PRIMERO.

Lo que ha sido la ocupacion mas frecuente de Jesucristo, nuestra Señora y los santos, debe ser precisamente lo que mas agrade á Dios. Vamos pues á examinar, si la memoria y meditacion de la pasion de Jesucristo fueron la principal ocupacion de este adorable Salvador, de la Virgen y de los santos.

I. Jesucristo, el autor y el consumidor de nuestra fe, no solamente sufrió con gusto el cruel suplicio de la cruz, despreciando la deshonra é ignominia que estaban anejas á él, como dice san Pablo (2): *Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta*; sino que tambien tenia especial complacencia en pensar en ella, y en esto se ocupó toda su vida. El deseo que tenia de cumplir en este punto la orden de su eterno Padre, le hacia estar continuamente aplicado á él. De ahí es que hablaba de él tan continuamente con sus apóstoles, diciéndoles: *Baptismo autem habeo baptizari; et quomodo coarctor, usque dum perficiatur?* (3) Yo he de ser bautizado con mi sangre: ay, y cuán vivamente me angustio, mientras se dilata el cumplimiento de este bautismo! Ved en el Evangelio cómo les refiere todas las circunstancias de su pasion y de su muerte. Mirád, les dice, que vamos á Jerusalem, y va á cumplirse cuanto se ha profetizado del Hijo del hombre. Será no solamente entregado á la crueldad de los judíos, sino que de ellos pasará á manos de los gentiles: *Tradetur enim gentibus*: ved aquí la traicion. *Illudetur*: hé aquí las burlas y los menosprecios.

(1) *Ephes. c. 3. v. 17.* (2) *Ad hebr. c. 12. v. 2.* (3) *Luc. c. 12. v. 50.*

Conspuetur: vedlo ultrajado y escupido. *Flagellabitur*: aquí están los azotes. *Postquam flagellaverint, occident eum*: hé aquí la muerte. Á todo lo cual añade, para consolarlos, que resucitará al tercero dia: *Et tertia die resurget*. Y así, no solamente pensó en su pasion y en su muerte, cuando fué prendido por los soldados, cuando vió la cruz en que habia de ser enclavado, ó cuando oyó en las calles de Jerusalem el eco de estos repetidos gritos: *Crucifige, crucifige eum*; sino que desde el primer instante de su concepcion empezó á pensar en ellas. Apenas habia tomado un cuerpo mortal, cuando piensa que, en lugar de los animales, será inmolado él algun dia por la salud de los pecadores. Si al entrar en el mundo le recuestan sobre unas pajas, al punto considera que algun dia le extenderán con mas aspreza sobre la cruz. Si le sacan algunas gotas de sangre con el cuchillo de la circuncision, se le representa que le han de sacar mucha mas en el pretorio, y sobre el Calvario. Si le llevan al templo para ofrecerle á su Padre eterno, como la única víctima capaz de aplacarle, mira este sacrificio matutino como un presagio cierto del sacrificio vespertino, que debia terminar el curso de su vida. Mi vida, dice por boca del Profeta, comenzó por dolores, ha continuado con trabajos, y acabará por tormentos: *quoniam defecit in dolore vita mea, et anni mei in gentibus* (1). De aquí viene, que habiéndosele presentado con su madre los hijos del Zebedeo, para obtener los primeros asientos en su reino, les preguntó, como refiere san Mateo, si podrian beber el cáliz que él mismo habia de beber: *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum?* (2) San Marcos explica esto mismo, pero con alguna diferencia; y dice, que Jesucristo queria saber de ellos, si podrian beber el cáliz que él bebia, y ser bautizados con el bautismo con que él estaba bautizado, usando del tiempo presente por el futuro: *Potestis bibere calicem, quem ego bibo, aut baptismum, quo ego baptizor, baptizari?* (3) Ah, Señor! permitid os preguntemos, qué cáliz es ese que bebéis al presente? Vos predicáis, instruís á los pueblos, hacéis milagros que os granjean la estimacion y veneracion de todo el mundo, ¿es acaso esto lo que llamáis cáliz? Sí, discipulos míos, yo bebo un cáliz y soy bautizado con un bautismo de sangre: *Calicem, quem ego bibo, etc.* Tengo tan presente este bautismo de sangre, como si

(1) *Psalm. 30. v. 11.* (2) *Matth. c. 20. v. 22.* (3) *Marc. c. 10. v. 38.*

ya estuviera amarrado á la coluna y pendiente de la cruz. Camino con la mira de esta cruel é ignominiosa muerte, que me está preparada sobre el Calvario. Pero lo que mas admira, es que quisiese hablar de esto sobre el Tabor con Moises y Elías entre los gozos y la gloria de la trasfiguracion. Hablaba, dice san Lucas, con estos grandes profetas del antiguo Testamento, del exceso de sus tormentos y de cómo habia de morir en Jerusalem: *Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem* (1). Ya veis, hermanos míos, que la cruz de Jesucristo no fué para él un objeto pasajero; siempre la tuvo delante de los ojos, siempre pensaba en ella; jamas la perdió de vista desde el principio hasta la consumacion de su sacrificio.

II. Los santos, siguiendo siempre las huellas de su divino maestro, tuvieron á su pasion una devocion tierna y afectuosa; pero nuestra señora la Virgen María estuvo mas vivamente penetrada de ella que ninguno de los santos. El corazon de esa divina Señora fué traspasado con la espada de dolor, segun la profecia del venerable Simeon, no solo cuando estaba al pié de la cruz y vió morir á su Hijo muy amado, sino tambien en todo el resto de su vida. La memoria de un Dios moribundo en una cruz por los pecadores fué para ella una especie de martirio mas cruel que la misma muerte; y la Iglesia no dificulta aplicar á esta bienaventurada madre de Dios, compañera en los trabajos de Jesucristo, su hijo, estas palabras del profeta Jeremias. ¡Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, considerád si ha habido jamas dolor semejante al mio! *Oh vos omnes, qui transitis per viam, attendite, et videte, si est dolor sicut dolor meus!* (2) Y si de la Virgen pasamos á los apóstoles, vemos en la Escritura que no solo fueron testigos de lo que Jesucristo padeció, sino que fueron tambien unos celosos predicadores de su pasion. Su principal cuidado y su mayor aplicacion era inflamar los corazones de sus oyentes en el amor de un Dios crucificado. Jamas se avergonzaron de su cruz; la predicaron á todos los pueblos de la tierra, y todos decian como san Pablo: *Prædicamus Christum, et hunc crucifixum* (3). Estaban tan llenos de este pensamiento, que el Apóstol, escribiendo á los hebreos, les exhorta á que le tengan en la memoria continuamente: *Rocogitate eum, qui talem sustinuit à peccatoribus adversum*

(1) Luc. c. 9. v. 31. (2) Thren. c. 1. v. 3. (3) I. Ad cor. c. 1. v. 23.

semetipsum contradictionem; ut ne fatigemini, animis vestris deficientes (1). Reparád bien en esta expresion: *Recogitate*: que es lo mismo que si les dijera: pensád y repensád en aquel que padeció una tan gran contradiccion de parte de los pecadores, para que no desmayéis ni perdáis el ánimo en medio de los males que padecéis. Bien entendido, que san Pablo quiere que pensemos en la muerte del Señor, no algunas horas ó algunos dias, sino que perseveremos en esta ocupacion hasta la última venida de Jesucristo: *Mortem Domini annuntiabit, donec veniat* (2). Y este término comprende todos los siglos de la Iglesia y todo el tiempo de nuestra vida; porque la venida del Salvador será para nosotros al fin de nuestra vida, como al fin del mundo para toda la Iglesia. Hasta entónces deberá anunciarse la muerte de Jesucristo; no solamente en el altar, miéntras se celebran los santos misterios, deberán meditarla los verdaderos discípulos de Jesucristo, sino tambien en secreto y en particular: *Mortem Domini annuntiabit, etc.*

Ya pues, hermanos y hermanas mías, que la principal ocupacion de Jesucristo sobre la tierra fué pensar en la cruel muerte á que se veía condenado por nuestros pecados; puesto que esta fué la grande devocion de la Virgen María, de los apóstoles, de los primeros cristianos y de todos los santos varones (cuyos ejemplos no se pueden referir con brevedad), porque todos hacian profesion de decir con san Pablo: *In fide vivo Filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me* (3); en una palabra, ya que toda la Iglesia hace de la pasion de su Salvador el principal objeto de su piedad, de su amor y de su reconocimiento para con Dios; pensemos en ella y conformémonos con una práctica tan santa. Es la devocion mas agradable á Dios, como acabáis de oír; pero añadido aún, que es la mas útil para nuestra salvacion.

No hay cosa mas ventajosa para nosotros que meditar en la pasion del Salvador: este es el remedio general para todas nuestras llagas, y el mas propio para curarlas: este es el medio mas eficaz para apartarnos del pecado é inclinarnos á la práctica de la virtud.

Léese en el libro de los Números (4), que habiendo murmurado los israelitas en el Desierto contra el Señor y su siervo

(1) Ad hebr. c. 12. v. 3. (2) I. Ad cor. c. 11. v. 26.
(3) Galat. c. 2. v. 20. (4) Num. c. 21.

Moises, irritado Dios contra estos rebeldes, envió unas serpientes de fuego para castigarlos: *Ignitos serpentes*; es decir, como la misma Escritura lo explica en otra parte, unas serpientes cuya mordedura abrasaba como el fuego; lo cual causó una tan gran desolacion en aquel pueblo, que hasta los mas sediciosos trocaron sus quejas y murmuraciones en oraciones y lamentos, y vinieron á reconocer su pecado delante de Moises. Le suplicaron encarecidamente tuviese piedad de ellos é hiciese cesar esta plaga. Moises presenta humildemente sus súplicas delante de Dios, que condescendiendo con la peticion de este santo hombre, le manda hagan una serpiente de bronce, y que la ponga por señal en lo alto de un estandarte, asegurándole, que los que habian sido heridos, sanarian solo con mirarla; lo cual sucedió así como lo advierte la Escritura: *Quem cum percussi aspicerent, sanabantur* (1). No son los intérpretes de la Escritura, el mismo Jesucristo es quien ha explicado de sí y de su cruz esta escelente figura, la cual fué una profecía visible quince siglos ántes de su muerte. Como Moises, dice Jesucristo, levantó en el Desierto la serpiente de bronce, así conviene que el Hijo del hombre sea elevado, para que cualquiera que crea en él, no perezca, sino que goce una vida eterna: *Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium hominis; ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam aeternam* (2). ¿Qué significa, pregunta san Agustin (3), la serpiente de bronce elevada? Y responde: á Jesucristo muerto y elevado en la cruz: *Quis est serpens exaltatus? Mors Domini in cruce*. Pues así como los que miraban la serpiente de bronce elevada en el Desierto, sanaban de las mordeduras emponzoñadas de las serpientes, asimismo los que consideran con fe y con piedad á Jesucristo crucificado, sanan de la mordedura de la serpiente infernal y de la peligrosa llaga del pecado. *Quomodo qui intuebantur illum serpentem, non peribant morsibus serpentum, sic qui intuentur fide mortem Christi, sanantur à morsibus peccatorum* (4).

En efecto no hay vicio para el cual no encontremos remedio en la consideracion de un Dios que padece por nosotros. ¿Cómo se curará la impureza, que no halla remedio en los crueles azotes que este Hombre-Dios, hecho un hombre de dolor, padeció

(1) Num. c. 21. v. 9. (2) Joan. c. 3. v. 14 et 15.
(3) Aug. tract. 12. in Joan., num. 12. (4) Aug. ibid.

para expiar la sensualidad del pecador? ¿Cómo se curará la avaricia, que no halla remedio en la extrema pobreza del hijo de Dios, que muere desnudo sobre una cruz? ¿Cómo se curará la ira, si no hay remedio para ella en la infinita paciencia de Jesucristo, que guarda un profundo silencio, aún cuando le cargan de injurias y le acusan tan injustamente? *Jesus autem tacebat* (1). ¿Cómo se curará la venganza, si no alcanza para su remedio la caridad del Salvador, que ruega por sus verdugos y que pide perdon á su Padre eterno para los mismos que le crucifican? *Pater, dimitte illis*. En una palabra, no hay remedio semejante á este para curar nuestras pasiones y retraernos de los vicios. *Hæc medicina hominum tanta est*, prosigue san Agustin, *quanta potest cogitari*. Pecadores, aunque tuvieseis un corazon de piedra, la meditacion de la muerte de Jesucristo seria capaz de ablandarlo. ¿Qué, seréis acaso mas insensibles que los judios? Pues oíd lo que el Señor dice por el profeta Zacarias (2): *Yo derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalem un espíritu de gracia y oracion: entonces pondrán los ojos en mí, despues de haberme crucificado, llorando con lágrimas y suspiros al mismo que ellos habian muerto, como se llora á un hijo único; y estarán penetrados de dolor á la manera que una madre siente la muerte de su hijo primogénito*. Esta profecía se cumplió en los judios que se convirtieron el dia de Pentecostes. ¿Pues por qué no habrá de tener el mismo efecto en vosotros? Vosotros no sois ménos culpables que ellos, pues habéis crucificado de nuevo á Jesucristo con vuestros pecados. Haced, que vuestra única ocupacion sea pedir misericordia á los piés de un Crucifijo; que vuestra estancia sea junto á la cruz con María la pecadora, ó por mejor decir, con María la penitente, para que merezcáis ser teñidos y lavados con la sangre preciosa que fué derramada en remision de nuestros pecados. Este santo ejercicio no solo os alejará del vicio, sino que os acercará á la práctica de la virtud.

Á esto aludia Jesucristo cuando, con motivo de hablar de su muerte, dijo: si yo fuere levantado en la cruz, todo lo traeré á mí: *Et ego, si exaltatus fuero, omnia traham ad meipsum* (3). Sí, Señor, exclama san Leon sobre estas palabras (4); todo lo habéis traído á vos por vuestra muerte: *Traxisti, Domine, om-*

(1) Matth. c. 26. v. 63. (2) Zach. c. 12. v. 14. (3) Joan. c. 12. v. 32.
(4) Leon. Serm. 8 de Pas. Dom.

nia ad te. Habéis traído al judío, al gentil, al griego, al bárbaro, al sabio y al ignorante. Por vuestra cruz habéis traído las naciones al conocimiento del Evangelio y los corazones al amor de la virtud: *Trazisti, etc.* Desde lo alto de esta cruz, como desde un púlpito, nos exhortáis á todos á que seamos santos; y nosotros considerándoos en ella, hallamos todo lo que se necesita para serlo. Esta consideracion, dice san Agustin, nos enseña á despreciar las cosas de este mundo, porque si merecieran ser amadas, las hubiera amado el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros: *Quia si bene amarentur amaret ea homo, quem suscepit Filius Dei* (1). Nos enseña á no temer las afrentas, las persecuciones, ni la muerte misma, porque si todas estas cosas fuesen nocivas al hombre, no las hubiera padecido el Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros: *Quia si nocerent homini, non ea pateretur homo, quem suscepit Filius Dei.* En una palabra, la cruz de Jesucristo, prosigue san Agustin, nos predica todas las virtudes: *Hec omnis hortatio.* ¿Qué pobre enfermo ó cualquiera otro hombre afligido osará quejarse, si compara sus males con los que padeció Jesucristo? Entónces verá que por mucho que haya padecido, le falta aún mucho que padecer para igualar los tormentos de Jesucristo: *Multa adhuc, quamvis multa pertulerit, restabunt:* dice san Gregorio Nazianzeno (2). ¿En dónde están las salivas, los azotes, el vinagre, la hiel, la corona de espinas, los ultrajes, los clavos, la cruz? ¿Qué cristiano habrá, que pensando en todo esto, no se halle aún muy distante de este divino modelo? Todo desaparecería á presencia de la cruz, si los hombres la tuvieran tan presente en espíritu como la deben tener. Pero el mal está en que casi nadie hace reflexion sobre esto: *Desolatione desolata est terra; quia nullus est, qui recogitet corde* (3). ¿Y no es la mayor ingratitud olvidarnos como nos olvidamos de lo que Jesucristo padeció por nosotros? Por nosotros fué crucificado entre dos ladrones, y en medio de sus mortales dolores solo pensaba en nosotros, pues se ofreció á la muerte mas cruel por librarnos de la eterna y merecernos una vida bienaventurada; y con todo eso ¿quién es el que piensa y se ocupa en estas cosas, y hace de ellas su meditacion ordinaria? *Ecce moritur justus, et non est qui recogitet in corde suo.* Ay, Señor! ¿quién podrá decir en qué se ocupan

(1) *Aug. ibid.* (2) *Nazian. Or. 28.* (3) *Jer. c. 12. v. 11.*

los hombres sobre la tierra? Digámoslo en una palabra: en todo ménos en vos; y en conclusion, añadamos, que la mayor parte solo piensa en lo que os pueda desagradar, ofender y crucificaros de nuevo. Cristianos, no llevemos tan léjos nuestra ingratitud, acordémonos de un Dios crucificado por nosotros.

Christo igitur passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini (1). Habiendo padecido tanto por nosotros Jesucristo, nuestra cabeza, nuestro Señor y nuestro Dios, armáos con este pensamiento, nos dice san Pedro, armáos en todo tiempo y en todo lugar en el trabajo y en el descanso, al levantaros y al acostaros, en el camino y en casa: no perdáis jamas de vista los tormentos de Jesucristo. ¡Oh feliz, y mil veces feliz, dice san Gerónimo, aquel que viviendo en la fe del Hijo de Dios, se ocupa continuamente en este pensamiento: ¡yo vivo en la fe de Jesucristo, que me ha amado y se ha ofrecido á morir por mí! Si acaso las ocupaciones y necesidades de esta vida no os permiten emplear todo el tiempo que quisierais en este santo ejercicio, emplead á lo ménos un cuarto de hora cada dia. Mas ay! ¡cuán poco es un cuarto de hora para meditar el gran misterio de nuestra redencion! No obstante me atrevo á decir que este breve cuarto de hora bien empleado, podrá bastar para hacernos fieles compañeros de la pasion del Salvador, y para merecernos la gracia de llegar algun dia á acompañarle en su gloria. Esta os deseo, etc.

(1) *I. Petr. c. 4. v. 1.*